

ANTONIO PERPIÑA RODRIGUEZ

EL LLAMADO «IDEALISMO»
COLECTIVO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 45, 1968

El llamado «idealismo» colectivo

De la metafísica de las ideas a la psicología de los impulsos

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ

I.—Presentación

El momento actual del mundo, señalado por diversos fenómenos sociales y culturales, presenta un cariz impresionante frente al cual no es lícito mantenerse en actitud agnóstica. No es decente que nos acurruquemos tranquilamente frente a nuestro calor negro, el vaso de whisky y la televisión, ignorando lo que sucede ahí fuera y no pensando en lo que puede suceder. Precisamente los medios de comunicación de masas, que abarcan desde esa televisión que tenemos encendida hasta las noticias telefónicas o postales de nuestros amigos, pasando por la radio y la prensa, hacen que los sucesos contemporáneos golpeen de tal modo la puerta de nuestra conciencia que no es honesto hacerles oído de mercado. Rompiendo con el estilo espiritual de la época, es decir, rompiendo con el “mercantilismo” que preside la mayor parte de la conducta colectiva de hoy, debemos prestar atención no retribuida (al menos monetariamente) a lo que se nos dice sobre los graves acontecimientos que tienen lugar en todos los países. Porque lo original y peligroso del instante actual es que esos hechos tienen importancia cualitativa y cuantitativa. Son graves en sí, pues denuncian, sin duda, una crisis de fondo; pero además cuantitativamente son muy distintos de las fases críticas de otras épocas. Antes, las quiebras de la Sociedad y de la cultura afectaban a zonas relativamente pequeñas de la tierra, a un reducido círculo cultural, a una civilización particular pequeña o a un Imperio más o me-

nos minúsculo (el *orbis romanus* no pasó de ser una parcela del orbe terrestre); hoy, esos mismos hechos se miden a escala mundial y universal, confirmando la planetización de la vida de que habla Teilhard. Y esto es muy serio, sobre todo, porque cada vez menos una sociedad en crisis va a poder ser salvada o regenerada por la sangre y espíritu de otros pueblos que habían podido conservar su integridad ético-social (1).

En suma, no podemos pasar por alto las crisis del capitalismo y del comunismo, los movimientos juveniles, el posible crepúsculo de las ideologías y —entre otras cosas y como más interesante para nosotros— el decaer del espíritu religioso, en general, y el temblor del catolicismo, en particular. Desde muchos ángulos puede enfocarse ese hecho, y aun deben unirse esos diferentes enfoques en un sano y no relativista perspectivismo. Aquí, nosotros vamos a intentar un *approach* (como se dice ahora) de tipo sociológico. Vamos a analizar los movimientos colectivos actuales, supuestamente idealistas, para intentar descubrir su auténtico trasfondo. Mejor dicho, más que intentar la conquista de posiciones definitivas y concluyentes, vamos a tratar de esbozar un método o modelo de interpretación, que no prejuzgará la solución concreta en cada momento y país, pero que sí servirá para ayudar a conseguirlo.

Veamos. El día de hoy nos presenta en el escenario terrestre dos grupos de fenómenos completamente antagónicos. Por una parte, contemplamos la emergencia de grandes movimientos llamados idealistas: la juventud rebelde (a la que Toynbee y otros tratan tan generosamente), el bullir de nobles ideologías (democracia, socialismo), el clamor contra las injusticias del mundo y de cada país (emancipación del tercer mundo, desarrollo de las naciones hambrientas, etc.), la pomposa enunciación de grandes ideales, sobre todo de católicos y comunistas, etc. Todo esto parece *prima facie* muy hermoso y conmueve placenteramente el alma. Lo malo es que al mismo tiempo asistimos a guerras, revoluciones, odios, ateísmo, búsqueda egoísta y animal del bienestar, erotismo, materialismo hedonista, etc. ¿Cuál es la verdadera faz de este mundo nuestro atormentado? ¿Pueden reflejar ambas series de fenómenos precisamente dos facetas o aspectos simultáneos del mismo? Y en este último caso, ¿quién vencerá? Los optimistas afirman que el primero, que la reacción “idealista” que hoy experimenta el mundo acabará por limpiar a éste de todas las impurezas materialistas, egoístas... y capitalistas (porque desde hace

(1) Si hay auténtica “decadencia de Occidente” (incluida Rusia), parece que cuando los países del Tercer Mundo puedan invadirnos para salvarnos estarán tan “civilizados” y decadentes como nosotros lo estamos ya. Tal es el ritmo de transformación que actualmente conmueve al mundo.

quince o veinte años todo el que se pretende idealista ha de ser por definición enemigo del capitalismo, aun sin saber qué es éste). Nosotros no compartimos esa ilusión (¡sin por ello ser procapitalistas!), y una de las razones para esa actitud radica justamente en las reflexiones que hemos hecho sobre el problema y que, en estricta aplicación de lo que llamamos realismo sociológico (analizar las cosas como *son* y no como *parecen*), trataremos de exponer sucintamente a continuación.

II.—*Motivación y significación en los fenómenos sociales*

La sociología de la acción debe separar con todo rigor dos momentos o elementos del comportamiento social, partiendo de otros tantos supuestos básicos: que lo social (actos, instituciones, destrucciones) es hechura de los hombres, pues, como decía Platón hablando de las formas de gobierno, no proceden de las encinas ni de las rocas; y que los hombres obran siempre en virtud de unos motivos. Así, pues, los actos sociales empiezan en una motivación y acaban en un resultado, sin que el valor y color de una y otro hayan de ser estrictamente paralelos y correlacionados. Si la sabiduría popular dice que el infierno está empedrado de buenas intenciones, el saber sociológico nos enseña que la *significación* de las obras y hechos colectivos es diferente de la *motivación* de sus agentes. Motivos egoístas, por ejemplo, pueden ser base de una buena política gubernamental o de una acertada reforma de cualquier institución o movimiento; mientras que, a la inversa, excelentes intenciones puritanas pueden producir desastrosos resultados sociales (como el gangsterismo, que la buena intención de la “ley seca” puso en marcha). En su consecuencia, el enjuiciamiento y valoración del hacer social puede ser doble; mejor dicho, triple, como se expone aquí:

- a) Por los *motivos* de sus autores.
- b) Por sus *resultados*, según son percibidos y valorados *por los sujetos pasivos de ese hacer*.
- c) Por sus *resultados*, según se conocen y estiman por un *observador* colocado fuera de la situación de que se trate.

En general, esta última tarea es propia del filósofo social que aplica sus juicios de valor. A lo sumo, el sociólogo, dentro de su perspectiva científico-empírica, podrá pensar *por su cuenta* acerca de la eficacia de los resultados, comparando lo buscado y lo logrado o bien juzgando según los supuestos fundamentales de la vida de relación (conservación, orden, mejoras anheladas por la gente, etc.). En lo que respecta a la

contemplación de los contemporáneos movimientos “idealistas”, la verdad es que es sumamente difícil y aventurado enjuiciar sociológicamente su significación objetiva de futuro; y, por lo menos en este artículo, renunciamos a hacerlo. En cambio, trataremos de inquirir las motivaciones. Ciertamente parece que la misión de la Sociología debe ser investigar los resultados objetivos, dejando el examen y análisis de los motivos a la Psicología; pero no estaremos nunca de acuerdo con esa tajante delimitación de competencias, más propia de tribunales y negociados que de disciplinas científicas. *Aunque la Sociología estudie la conducta real externa, la verdad es que siendo la motivación el alma impulsora y causa de esa conducta, la ignorancia de los motivos mutilará casi al cincuenta por ciento la capacidad de nuestra ciencia.* Más aún: después de consumada la obra o institución realizada por la conducta social, los motivos podrán aparecer sociológicamente irrelevantes; pero durante la realización de esa conducta y a efectos de prever su reiteración o repetición, el conocimiento de los mismos es de gran valor para los sujetos pasivos de esa conducta y para el sociólogo observador, toda vez que ese conocimiento nos pone en guardia contra los engaños de las promesas y las propagandas y nos permite saber “con quién nos gastamos los cuartos”.

III.—Principios de la psicología colectiva

¿Idealismo? Ante todo, señalemos que las “ideas” sociales (democracia, socialismo, hermandad, aristocratismo señorial, etc.) no se cumplen por sí mismas, sino por las “ideas” subjetivas que los hombres tienen de ellas y por su fuerza impulsora en la conducta efectiva de los mismos. Nos parece que sólo una aberración filosófica puede mantener todavía el idealismo objetivo de Hegel, prescindiendo de los hombres o convirtiéndolos en puros instrumentos inconscientes de realización de la Idea. Como dijo agudamente un autor, creer en la autodinámica de la Idea es creer en el cuerno de caza del barón de Münchhausen, que sonaba por sí solo. La Psicología colectiva y la Sociología, pues, han de acudir al alma de los hombres individuales, a sus ideas, para ver los motores de los movimientos sociales. Sobre esta base enumeraremos algunos principios generales, que nos parecen indispensables para entender bien nuestro tema.

Por lo pronto, la verdad es que rarísimamente el hombre se mueve a obrar por un solo motivo y, de otro lado, que en la conducta colectiva cada participante suele llevar su propia motivación, distinta de la de los

demás, pero conducentes todas ellas al logro del mismo resultado objetivo. Sin embargo, no deja de ser frecuente hallar en la Psicología individual un motivo *predominante*, que se atrae la fuerza impulsiva de otros y que destaca en la comprensión externa de la acción; como también con frecuencia la Psicología social o la Sociología encuentran en los movimientos colectivos un solo motivo (o algunos) que con carácter predominante *es común* (o son comunes) a los diversos actores. Una motivación colectiva común de este tipo es lo que vamos a tratar de escudriñar en los movimientos contemporáneos.

De otro lado, en la acepción vulgar resulta que una actuación (con su correspondiente motivación) es “idealista” cuando se ve impulsada por una idea convertida en “ideal” a realizar; es decir, cuando el lector obra desinteresadamente, sin consideración a sus particulares conveniencias y egoísmos. Sin embargo, esta disyuntiva es imprecisa y no sirve dentro de una Psicología científica. ¿Llamaremos idealista o materialista al que sigue una conducta dirigida por la ambición no hedonista, por un afán de grandeza o de realizar grandes obras, con el consiguiente sacrificio de su comodidad, pero mirando a la satisfacción de su yo? ¿Cómo calificar la actividad determinada por la negación y el odio, que precisamente busca un resultado negativo o nocivo para alguien, aun a costa de nuestro egoísmo interesado? ¿Y qué diremos cuando de modo claro la motivación es subconsciente? Como vemos, oponer idealismo a materialismo, dentro de los movimientos colectivos y a efectos de su valoración ética, no es nada fácil.

Entrando en el terreno de las afirmaciones concretas que importan a nuestro estudio, diremos, ante todo y sobre todo, que *el idealista no puede nunca ser definido como aquél que obra movido sólo por ideas*. Desde la Psicología de Wundt y con plena validez científica actual, resulta obvio que todo movimiento voluntario consta de dos tipos de elementos: uno, predominantemente intelectual (*Beweggrund*), que podemos asimilar a la clásica *idea de fin*; otro, de índole sentimental o emocional (*Triebfeder*), que es el *motivo* o resorte impulsivo. Pues bien, nadie se mueve sólo por ideas; hace falta un motivo para aceptar volitivamente esa representación mental y convertirla en idea de fin. Como decía el gran jurista alemán Ihering, creer que la voluntad puede determinarse a obrar sin ningún motivo, es creer en nuestro ya conocido Barón de la Castaña, que se salvaba de hundirse en el pantano tirándose de los cabellos hacia arriba. O dicho en términos de la Ética kantiana: no hay ninguna acción exclusivamente “lógica”, siempre ha de tener un elemento

“patológico” o sentimental (2). Siempre se actúa por algún motivo o algunos motivos. Las puras ideas (igualdad democrática, paraíso anarquista, paraíso comunista, fraternidad cristiana) no mueven *per se*. Mas entonces resulta clara una cosa: *el tema del “idealismo” en la conducta individual y colectiva hay que desplazarlo desde las “ideas” a los “motivos”*. A los motivos que adhieren la voluntad a una idea. He aquí cómo se anuncia y explica el subtítulo de nuestro trabajo, pues vamos a tener que pasar “de la Metafísica de las ideas a la Psicología de los impulsos”. Es muy probable que el olvido de esas proposiciones psicológicas y un falso idealismo puritano, muy en boga en la Europa contemporánea, sean la causa de que el enfoque de la cuestión haya sido torpe y nos empeñemos —cuando se trata de juzgar a los hombres— en hablar de ideales democráticos, socialistas, etc., en vez de hablar de motivaciones del hombre democrático o del hombre socialista (3).

El análisis de los motivos, sobre todo cuando se dirige a casos concretos (personas, grupos, generaciones), resulta extremadamente difícil. Desde luego aquí resulta absolutamente ingenuo y ridículo recurrir a las técnicas de encuesta o entrevista, si hemos de aceptarlas en los propios términos de las respuestas, toda vez que nadie o casi nadie manifestará sus verdaderos motivos cuando no son juzgados como “idealistas”..., si es que realmente tienen conciencia de su verdadera motivación. A lo sumo, habría que descubrir, a través de las respuestas, lo que dos ilustres sociólogos llamaban el “contenido latente”: lo no dicho, pero inferido de las contestaciones. En todo caso, ese contenido psíquico real debe ser inferido del conjunto global de las actitudes y comportamientos de los sujetos, en conexión con el análisis de la situación coyuntural o estructural de cada caso, y no únicamente (ni siquiera principalmente) de las respuestas verbales a los estímulos verbales de la encuesta. La complejidad del problema y la imperfección del método dan lugar, repetimos, a que las soluciones no puedan ser precisas y unívocas; pero vale la pena intentar un acercamiento tímido a esas soluciones.

Repetimos una vez más que los motivos no prejuzgan el valor social o espiritual de la obra realizada. Una cosa es la *pax romana* conseguida por Augusto y otra muy distinta las motivaciones, no muy elevadas ni

(2) De donde se sigue que el acto moral puro de Kant es psicológicamente imposible. Será moral, diríamos con Max Scheler, el acto que es impulsado por “sentimientos” puramente espirituales.

(3) La discusión sobre ideales corresponde a la Filosofía política o social; aunque verdaderamente ayudaría a éstas, a la recta interpretación y valoración de los ideales, el conocer muy bien cuáles son los motivos predominantes y usuales que llevan a proclamarlos y defenderlos.

idealistas, que descubren sus biógrafos. Se dice que Bismarck inició esa gran obra que es la Política de seguros sociales para evitar que aumentase el número de inútiles para el servicio militar como consecuencia de la miseria del pueblo. Más recientemente, según hemos leído en la prensa, el presidente Johnson, con rigurosa analogía, propugnó un programa de cuidado de los dientes de los niños porque había observado que las deficiencias dentales daban lugar a muchas inutilidades para el servicio de armas. Los resultados de la conducta social son siempre *preterintencionales* (van más allá de las ideas de fin de sus agentes responsables) y descubren la *irrelevancia de los motivos* en la forma que acabamos de ver. Pero tales resultados, en general, sólo pueden valorarse *a posteriori*, cuando ya se han producido. Mientras tanto, *a priori*, las motivaciones concretas pueden tener, y tienen, algún valor indicativo, ya que, en fin de cuentas, la realidad hecha por los hombres recoge y plasma algo de sus intenciones..., y no podremos creer en las excelencias ideales de un sistema político o social de futuro que quiere ser traído por personas cuyas motivaciones no tienen nada o muy poco de ideales. En este sentido es obvio que la propaganda política o social tiene por misión encubrir o disfrazar con el atractivo velo de las ideas abstractas las pasiones más o menos feas de los hombres (los encantos de la tradición o el progreso ocultan las ruindades de muchos tradicionalistas o progresistas). Pero, a su vez, la ciencia y la neutralidad investigadora tienen el cometido contrario de descorrer ese velo engañoso, de “desenmascarar ideologías”, como diría un marxista. En este trabajo intentamos una aproximación metodológica a esta última tarea.

IV.—*Motivaciones de la élite*

Pese a todas las declamaciones democráticas, que tanto se estilan hoy en día, la humanidad ha discurrido hasta ahora por la doble ruta paralela de la “*élite*” y la “*masa*” (4). Indudablemente hay supuestos y principios de conducta comunes a ambas —pues las dos se hallan formadas por hombres de la misma época—; pero con no menor claridad una y otra se mueven a impulso de ciertas motivaciones diferenciales, que conviene analizar por separado. Comenzaremos por las *élites*.

(4) La masa, dice Ortega y Gasset con toda crudeza y franqueza, “ha venido al mundo para ser dirigida, influida, representada, organizada”. Ello es algo evidente, “aunque lleve Europa todo un siglo metiendo la cabeza debajo del alón, al modo de los estrucos, para ver si consigue no ver tan radiante evidencia”. He ahí algo que es “una ley de la física social mucho más inmovible que las leyes de la física de Newton”.

Nadie puede legítimamente poner en duda que “a las vegadas” (como dirían las Siete Partidas) los dirigentes actúan con pleno desinterés y, en tal sentido, de un modo idealista. Queremos decir que las ideas metafísicas que tratan de realizar (bien común, felicidad del pueblo, grandeza de la nación) se hacen carne sociológica —es decir, ideas subjetivas de fin— merced a su aceptación por sentimientos nobles y desinteresados. Mas nos tememos que eso sea la excepción. Para nosotros, constituye un supuesto básico de la conducta colectiva, apreciada desde la cumbre de los dirigentes, el que los auténticos idealistas no saben o no quieren intervenir en la vida real; e incluso, si se quiere hacer de ellos un rey, escapan horrorizados al desierto. Sólo los grandes egoístas suelen afrontar el “sacrificio” y las dificultades del gobierno. Lo cual es más evidente y frecuente bajo las democracias que en las monarquías. En éstas el nacimiento podía imponer a los hombres buenos el deber de mandar, y de ahí que puedan citarse reyes que han pasado al santoral (proporcionalmente muy pocos); pero quizá nuestra flaca memoria haga que no recordemos ningún presidente de república que haya sido canonizado. En suma, sin perjuicio de anotar como posible motivación de los dirigentes sociales o gobernantes políticos el *sacrificio altruista por una idea*, es menester enumerar otras más frecuentes motivaciones de esos poderosos:

a) El mundo actual, con su exaltación de los llamados valores del espíritu (que lo son más del “intelecto”), nos ofrece, más que en cualquier otro momento, un motivo predominante en muchos políticos y agitadores sociales: la *soberbia del intelecto*. Son esos que saben griego (como decía César), los “ideólogos” a que alude Napoleón, los que forman la “pedantocracia”, en expresión de un escritor inglés; falsos filósofos y científicos que únicamente ven en la ciencia y la filosofía la forma específica para destacar y elevarse, pero que no las aman en sí mismas. Aman el poder y la fama. En su tipo puro son fríos, deshumanizados, cuya conducta referiría un psicólogo a la zona cortical y no a la talámica. En realidad son muy peligrosos, porque ellos, hombres del pensamiento, se creen (y lo hacen creer) que actúan por ideas, siendo así que subconscientemente están movidos por esa soberbia satánica o por otro de los impulsos que se exponen abajo.

b) Tipo caracteriológico muy distinto es el de los *grandes ambiciosos*, cuya primera y casi única fuente de acción es el afán de mandar. No buscan la comodidad material, ni tampoco satisfacer cualquier frustración sexual subconsciente (5); pero, insistimos, no son “idealistas”, no

(5) Estaremos siempre en deuda con Freud por habernos puesto en ruta hacia la Psicología en profundidad; pero, en cambio, debemos cobrarle el gran daño que

buscan el sacrificio y el esfuerzo en beneficio de los demás o en aras de una “gran idea”, sino para calmar y, si es posible, colmar su sed de mando. Probablemente en este apartado habría que colocar a Napoleón, a Mussolini, a Lenin, etc.

c) En cierto modo, los del tipo anterior presentan un aspecto más o menos simpático y pueden llegar a hacer grandes obras, siempre y cuando se identifiquen con la obra misma; mas existe otro grupo de dirigentes en que la motivación principal es la *frustración*, no del sexo, sino *del yo*. De Freud hay que pasar a Adler, y sobre todo a Spengler (ver sus *Años decisivos*). Distingamos. No todo ambicioso en el sentido anterior logra el poder; pero si es sanamente ambicioso, por decirlo así, vivirá su fracaso como algo determinado por las circunstancias, se resignará más o menos y no se amargará. De los que hablamos en este apartado son seres enamorados de sí mismos que quieren mandar y que, en el fondo, saben que no saben mandar, de manera que su fracaso no se resuelve como en el caso de los otros, sino con “acomplejamientos” de toda índole. Suelen reír muy poco, les gusta apretar los dientes y culpar a todo el mundo (¡menos a ellos!) de lo que sucede en el Estado y en la Sociedad. Si alcanzan el mando, no serán generosos ni nobles. Es muy probable que circulen por los canales de la democracia y del anarquismo. Sintiendo en el fondo mediocres, envidian y atacan a los “grandes hombres”; y de ahí que pidan el ostracismo, el “gobierno del pueblo”, la “democracia económica y social”..., fórmulas que, por lo demás, pueden resultar excelentes para hacer que su mediocridad pueda subir al poder. O bien, en el grado extremo, son como el perro del hortelano: si no pueden o saben mandar, que nadie mande..., y se hacen anarquistas. Debe quedar bien entendido que las frustraciones del ego, el resentimiento, la envidia, etc., no conducen sólo a esas posiciones izquierdistas de democracia o anarquismo. También la “derecha” puede albergar elementos de esa idiosincrasia.

d) Finalmente, y para no citar otras motivaciones, la *élite* puede estar impulsada predominantemente por el *afán de enriquecerse*. A éstos es a los que se ataca como auténticamente “materialistas” y negadores de todo idealismo. Claro es que lo niegan; pero téngase en cuenta que los incursos en los tres apartados anteriores no luchan ni gobiernan “por amor al arte”.

ha hecho con su pansexualismo, que, aunque parezca mentira, todavía es aceptado por muchos psicólogos y sociólogos. Resulta pueril y ridículo querer explicar “la personalidad autoritaria” de un Napoleón o de un Hitler al modo freudiano, como hace Adorno.

V.—*Motivaciones de la masa*

a) Freud en su última época, y probablemente horrorizado por las barbaridades de la Primera Guerra Mundial, añadió al impulso sexual, y con la misma naturaleza primaria que él, el *impulso fanático* de muerte y de destrucción. No sabemos con toda certeza si se trata de un instinto propio de la naturaleza humana, de todos los hombres de todos los tiempos; pero nos parece que sí. Al menos eso enseñan la historia, la prensa diaria y la prehistoria. Ese impulso es el que se manifiesta en las revoluciones, cuando se rompe la costra de la disciplina social. En nuestra época industrial tiene una expresión específica: el quemar automóviles, que son el símbolo positivo de la época.

b) Pero la masa también se mueve en las agitaciones colectivas por sus *pequeñas frustraciones*. Como ha estudiado muy bien Maier, de las frustraciones nacen los grupos de agresión, en que lo destructor y negativo se organiza y se institucionaliza, es decir, dura, merced al apoyo que el impulso de destrucción recibe de las frustraciones.

c) También los movimientos de masas, como tales masas, se apoyan a menudo en toda suerte de sentimientos bajos y torcidos, sean o no conscientes. Aquí justamente es donde la metafísica de las ideas pide, con razón, no se la inculpe de lo que sólo es imputable a la Psicología de los impulsos. Las crueldades de las revoluciones francesa y rusa no son atribuibles a la idea democrática o a la idea socialista, sino a las masas crueles que intervinieron en ellas. Pierre Gaxotte, Pinset y otros han puesto de relieve cómo en los trágicos días de 1789 a 1793 no intervino lo sano del pueblo, ni los buenos demócratas, sino la hez del populacho, los vagos, las prostitutas, los invertidos, etc. Por su parte, Máximo Gorki ha explicado los horrores de la revolución de 1917 por la crueldad constitucional del pueblo ruso (al menos, del de entonces); crueldad, que, según él, era tan propia del temperamento ruso como el humorismo lo era del inglés. Esta fiera, siempre agazapada tras la mata del orden social, pero pronta a saltar por encima de ella, es lo que hay que prevenir y reprimir cuando, con buena voluntad, se quiere hacer una protesta o una revolución.

d) Decíamos que el afán de mando es motivación muy propia de los grandes dirigentes y de las élites. Aquí vamos a añadir otras dos peculiares de la masa y que están íntimamente relacionadas. De un lado, las masas se mueven en buena parte por el instinto o *impulso de sumisión*, que es todo lo contrario de la *libido dominandi*. La beatería democrática

gusta de ocultar esta realidad psicológica, creyendo que todos los hombres quieren ser libres y no ser mandados; siendo así que cualquier observación imparcial nos demuestra que el instinto de subordinación es una constante histórica e incluso una necesidad social (6). Si todos los ciudadanos fueran o quisieran ser Césares, ¿cómo habría gobierno pacífico? Mas, de otro lado, la masa también tiene, de forma ambivalente o en sustitución del anterior, su *pequeño afán de mandar*; y éste lo satisface, dentro de su pequeñez, merced a ese curiosísimo e indudable proceso que Freud nos ha descrito como *identificación subconsciente con el jefe*. Un estudio a fondo del fenómeno del hitlerismo nos descubrirá constantemente la presencia de ese sentimiento. Y gracias a él puede suceder que el afán de mando de las masas coadyuve con el de las *élites*, pues aquellas, al obedecer a éstas, sienten subconscientemente que se mandan a sí mismas; y con ello refuerza la disciplina y la autoridad, en vez de resquebrajarlas.

e) Hay otro impulso motor muy propio de la masa —que tampoco falta ciertamente en las minorías rectoras— y que justamente se presta a confusión con alguna motivación “idealista”. Nos referimos al *resentimiento*, maravillosamente analizado por Nietzsche, Spengler y Max Scheler. A veces resulta difícil en los casos concretos individuales o colectivos saber si los movimientos políticos o sociales proceden de sentimientos nobles o de resentimientos ruines; pero, como principio, la existencia frecuente de estos últimos parece que debe estar por encima de toda discusión. Ya Isócrates señalaba que los pobres tienen más odio a la riqueza ajena que compasión por las propias estrecheces. Y en nuestros tiempos, en nuestra “época de lo social”, eso se eleva a primer plano. Hay algunas maneras de adivinar cuándo hay sentimientos positivos y cuándo resentimientos negativos. Por lo pronto, hay esto último cuando, como observa Ortega, se ve claro que no se quiere salvar a la plebe de su baja condición, sino “plebeyizarse” uno mismo y plebeyizar toda la vida. Es muy verosímil que en la exaltación del trabajo manual que ha hecho el marxismo y ciertos movimientos marxistoides haya algo de eso. La redención del pueblo, la justicia social, no ha de consistir en rebajar a los de arriba, sino en elevar a los de abajo. Un alumno mío declamó en cierta ocasión (acompañando su letra con clarísima música de resentimiento) que “ya era hora de que los ingenieros se pusieran mono”; y yo le respondí que ya era hora de que los obreros se lo quitaran. Otro síntoma de actitud resentida es la anotada por Aristóteles al referirse a esos

(6) Alfredo Vierkant es uno de los pocos sociólogos que lo ha catalogado dentro de los instintos sociales.

que se irritan al ver tratar desigualmente a los iguales, pero que permanecen del todo indiferentes cuando se trata de modo igual a los desiguales. En general, pueden definirse como movimientos de resentimiento aquellos que ponen el acento en atacar a los de arriba, dejando en segundo plano defender a los de abajo. Un personaje contemporáneo anotó en su autobiografía: “antes empecé a odiar a los ricos que a amar a los pobres”. Asimismo podemos considerar como resentimiento el motor de cualquier movimiento colectivo que trate de establecer la igualdad al nivel de los de abajo; o sea, como alguien ha dicho, merced a una “justa distribución de la pobreza”. Es la alegría del loro del cuento: “a fastidiarse todos”, aunque nadie se beneficie de ello.

f) Otro motor, paralelo al que hubimos de aislar en el apartado d) de los de la *élite*, es el *hedonismo o materialismo de las masas*. Creemos que en este respecto la época actual no autoriza en modo alguno a hablar de idealismos colectivos. Hasta los grandes ideales del siglo pasado se han “materializado” en el afán de consumo cuantitativo. Moleste o no, en estos momentos hay un “crepúsculo de las ideologías”, si por tales entendemos programas ideales e idealistas de transformación (7). El socialismo democrático se ahogó en Inglaterra con su experiencia laborista, como sagazmente descubrió desde el principio Bertrand de Jouvenel. El clásico sindicalismo heroico francés, de comienzos de siglo, ha cedido el paso a la “tristeza obrera”, noble y abiertamente descubierta por Andrieux y Lignon. El comunismo, al menos en Rusia, se ha “aburguesado”; aparte de que ha renunciado a todo ideal, a toda invocación de “ideas” abstractas, para convertirse pura y simplemente en disciplina, en aceptación de “voluntades” concretas —y eso nunca será idealismo ni ideología—. Finalmente, el ideal social del cristianismo, desarrollado por las encíclicas papales, o no es más que pura palabrería farisaica o se ha deshilachado en un progresismo marxistoiide, cuyo trasfondo motivador se acerca más al resentimiento que al “amar” —quinta esencia de la “buena nueva”—. Podría pensarse aún en el Tercer Mundo, en China comunista, singularmente, como reserva ideológica no materialista; pero ahí, aparte de encontrarnos con mucho odio y resentimiento, lo que para nosotros quita todo derecho al calificativo de “idealista”, la verdad es que si el materialismo y “aburguesamiento” han penetrado menos que en Rusia no es por otra razón —en el fondo puramente cronológica— de que *todavía* no se ha elevado el nivel de vida. Recordemos las lapidarias palabras de Werner Sombart: “En los escollos del asado y del pastel de manzanas

(7) Naturalmente, niegan ese crepúsculo o fin de las ideologías los ideólogos profesionales, toda vez que con eso ven disminuidos sus puestos de trabajo.

han encontrado su perdición toda clase de utopías socialistas.” Y nada autoriza a afirmar que habrá de constituir una excepción a tal axioma la famosa “revolución cultural”, por muy “permanente” que quiera hacerse.

g) Podría ampliarse la lista de las motivaciones no idealistas de la masa y de la *élite*. Sólo queremos añadir ahora dos, que, aunque psicológica y sociológicamente sean diferentes, por lo menos pueden venir unidas en esta exposición como temas de máxima actualidad. Nos referimos, en primer lugar, al *afán de bulla y jaleo* que tanto juega en los movimientos juveniles universitarios. Nos parece que éstos han sido excesivamente idealizados por escritores como Hermann, Jousselin, Toynbee, etcétera. Ni creemos que los muchachos actúen por pura bestialidad y rebeldía malsana —como piensan los conservadores— ni tampoco empujados por altísimos idealismos de protesta contra la sociedad industrial burocratizada y materializada. Algo hay de eso, sin duda, en algunos rebeldes dirigentes, activistas de Universidad o pasivistas del tipo *hippy*; pero seguramente hay bastante más de impulso meramente juvenil, en buena parte irracional, que busca la expansión de la pluscarga vital en el bullicio, el alboroto; y, ¿por qué no?, también en el estudiar lo menos posible. “¿Qué es lo que quieren?”, se preguntan los burgueses ante las revueltas estudiantiles. NADA, responderemos nosotros. Esto quizá es lo que puede dar un aspecto simpático a esos movimientos de la juventud, sin duda “desinteresada” y que no se agita a jornal; pero a la vez nos autoriza a negar que ahí pueda hablarse de pleno idealismo. En segundo término, y como motor muy peculiar de la hora presente, está el *miedo a la crítica*, como hace muy poco tiempo, y recogiendo una agudísima observación de un protestante, ponía de relieve Pablo VI. Esto vale especialmente para los sacerdotes y para los movimientos católicos en general. Proclaman ideales izquierdistas y avanzados, no por pura motivación idealista —tampoco en este terreno abunda mucho el “amor”—, sino por miedo a que, en caso contrario, se les moteje de retrógrados, conservadores, derechistas, reaccionarios o cavernícolas; o bien (¡y eso sí que ya de ninguna manera!) de procapitalistas. Sin olvidar que junto a ese miedo ideológico también juega la *atracción de la moda* (desde 1945 está de moda ser izquierdista).

VI.—*Final*

Este trabajo ha sido sólo un esbozo sobre el problema, un apunte casi metodológico para indicar cómo deben o pueden afrontarse y enjuiciarse los llamados “idealismos” colectivos. Como simple modelo de interpre-

tación o explicación, no es aplicable directamente y de modo pleno a cualquier movimiento o persona concreta. Tal aplicación es una tarea distinta, como no es lo mismo describir una enfermedad que diagnosticar en el caso singular de un enfermo. Lo único que queremos añadir, con un poco de tristeza, es que si la sociedad y la historia la hacen los hombres, no creemos que haya lugar para un excesivo optimismo cara al futuro. Las ideas no vienen por sí y no parece que, por lo menos de momento, los hombres tengan la buena y leal intención de traerlas. No son esas sus motivaciones predominantes.

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

INTERFERENCIAS
DEL MATERIALISMO
Y EL ESPIRITUALISMO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 45, 1968